

---

# El Tercer Sector como sociedad civil

## Dialógicas y recursividades en un contexto de cambios sociales

**Germán Jaraíz Arroyo**

gjararr@upo.es

Profesor del Departamento de Trabajo Social y Servicios Sociales de la Universidad Pablo de Olavide (Sevilla). Diplomado en Trabajo Social, Licenciado en Sociología y Doctor en Ciencias Sociales. Imparte la materia de política social en la Facultad de Ciencias Sociales de dicha Universidad. Miembro del Grupo de Investigación GISAP, dedica su actividad investigadora a temáticas relacionadas con intervención social, tercer sector y servicios sociales comunitarios. Forma parte también del Consejo Científico de la Fundación FOESSA y del Equipo de Redacción de la Revista Documentación Social. Ha participado como asesor en distintas iniciativas legislativas de política social en el ámbito de la comunidad andaluza, así como en procesos de reorganización de entidades públicas y del tercer sector en España y América Latina. Ha sido Secretario General de Cáritas Andalucía.

## **RESUMEN**

Este trabajo centra su atención en el análisis de la dimensión cívica del tercer sector. Trata en primer lugar de identificar los modos en que ha sido entendida la sociedad civil desde los inicios de la modernidad hasta nuestros días; en la última parte de este proceso aparece el tercer sector moderno, como manifestación cívica ajustada a un contexto concreto: el capitalismo del bienestar. En un segundo momento se detiene en la descripción de las características más relevantes de las organizaciones del tercer sector en España, prestando especial atención a las transformaciones fruto del actual escenario de crisis. Finalmente el trabajo aborda, con una mirada prospectiva, aquellos criterios y prácticas que han de ser útiles para una revisión en clave cívica del sector.

## **PALABRAS CLAVE**

Sociedad civil, tercer sector, crisis, cambio social.

## **ABSTRACT**

This paper focuses on the analysis of the civic dimension of the third sector. It first identifies the ways in which it has been understood civil society since the beginning of modernity to this day; welfare capitalism: in the latter part of this process the third modern sector appears as a civic demonstration adjusted to a particular context. In a second time it stops at the description of the major characteristics of third sector organizations in Spain, paying special attention to the result of the current crisis scenario changes. Finally, the paper deals with a prospective look, those criteria and practices to be useful for a review in civic key sector.

## **KEY WORDS**

Civil society, third sector, crisis, social change.

## 1. PROPÓSITOS

El trabajo que aquí se presenta centra la mirada en dos actores sociales, el tercer sector y la sociedad civil, conformados en un contexto de conexiones peculiar. Las relaciones entre tales actores vienen marcadas -utilizo términos de Edgar Morín- por lógicas recursivas y dialógicas al mismo tiempo ¿Qué es el tercer sector sino sociedad civil? ¿Es posible hacer hoy una descripción de la sociedad civil que no contemple al tercer sector? Conocemos la respuesta a estas preguntas: el tercer sector es parte de la sociedad civil, portador por tanto de una parte de sus potencialidades y carencias, de sus aportes y de sus contradicciones. Cada actor, para explicarse a sí mismo, necesita aludir recursivamente al otro. Sin embargo, es apreciable al mismo tiempo la tensión dialógica entre ambos. Con frecuencia se producen, por poner un ejemplo, desencuentros entre modos de actuar de entidades sociales y posicionamientos cívicos, emergen confianzas y desconfianzas, debates críticos que retroalimentan alianzas y desafilaciones, identidades compartidas y contraposiciones... La descripción de esta doble dimensión, especialmente intensa en esta etapa de desajustes, es la intención primera de este trabajo.

Describir y contextualizar a sociedad civil y tercer sector ha de servirnos, si el trayecto de nuestro barco es capaz de llevarnos al puerto deseado, para identificar las conexiones estratégicas que aportan solidez a ambos actores, y también aquellas que ejercen como factores de bloqueo. Partimos aquí de una premisa: el prolongado periodo de crisis, tan largo que no sabemos ya si lo que nos ocurre sigue siendo causa de tal crisis o es directamente consecuencia del precario escenario que nos ha dejado la misma, ha supuesto un intenso trauma. Recurriendo a un símil médico, el organismo afectado (la sociedad civil), necesita, para resituarse, recomponer la relación entre sus diferentes órganos vitales (el tercer sector sería uno de ellos). Esta recomposición precisa de nuevos aprendizajes y en ello serán clave la materia gris (la inteligencia colectiva y el conocimiento bien gestionado) y las conexiones neuronales (las redes a trazar). Ambos aspectos son de una enorme plasticidad, hoy sabemos que nuestro cerebro se regenera permanentemente y con ello nos reconstruye como sujetos. Esta metáfora de la plasticidad necesita ser trasladada al actual tiempo y espacio social. La condición para ello, la capacidad para producir conocimiento renovador, la contemplamos aquí en torno a tres procesos de procesos: a) Aquellos que refuerzan la conexión de materia gris dedicada a la reinención de tercer sector y de movimientos sociales (clásicos y nuevos); los procesos que miran las conexiones entre entidades sociales, ciudadanos y nuevas vecindades; los procesos centrados en la renovación modelos de intervención social y su relación con sujetos vulnerables individuales y colectivos. Nos ponemos a ello.

## **2. LA SOCIEDAD CIVIL Y EL TERCER SECTOR. APROXIMACIÓN DE IDEAS**

### **2.1. Dos macro-concepciones sobre sociedad civil**

Aunque sea una cuestión preliminar, es importante aclarar a qué nos referimos al hablar de sociedad civil. Utilizando un trazo muy grueso, identificaremos para movernos en este texto dos grandes concepciones de la misma.

La primera de ellas se sostiene sobre la diferenciación en la sociedad entre dos grandes esferas de interés colectivo: la esfera pública y la esfera privada. Apoyados en esta premisa, Hegel<sup>1</sup> atribuye diferente valor a cada una de ellas: la pública, representada por el Estado, sería sobre el papel una expresión tendente a la justicia y al universalismo; la privada, ámbito de la sociedad civil, aparece como espacio para articular las aspiraciones particulares y subjetivas de la ciudadanía. Desde esta posición, la sociedad civil es contemplada como espacio subsidiario y complementario respecto al Estado, conformada en torno a grupos diversos que tratan de conectar sus intereses específicos con los de carácter general.

Para explicar el segundo patrón recurrimos a la idea de espacio público que utiliza Habermas (1999). Él entiende que la sociedad civil se construye en un marco relacional amplio, creado comunicativamente. En este marco no existirían dos, sino tres espacios: el espacio institucionalmente público de vocación universalizable (lugar natural del Estado), otro espacio público de lógica abierta, preocupado por cuestiones de interés general (lugar natural de la sociedad civil) y un tercer espacio orientado al interés particular (lugar natural del mercado). Diferencia así poder político, social y económico. Sin embargo, en este segundo patrón tiene tanta importancia la dimensión institucional entre actores, como el potencial constructivo de unos espacios sobre otros, inherente a su propia capacidad comunicativa. Esto nos permite ver a cada actor de modo complejo. La sociedad civil sería aquí, como se ha dicho, un espacio para el interés general, pero con capacidad para adoptar, según el contexto, lógicas prestadas de tipo estatal o mercantil. Será sobre esta segunda concepción sobre la que nos apoyemos principalmente en este texto.

### **2.2. Un recurso de ida y vuelta**

El peso de la sociedad civil como sujeto político emerge y se difumina en la historia reciente. En distintos momentos ha sido encubierta para luego ser enterada, con frecuencia por los mismos que antes la impulsaron. Fue ensalzada

---

1 Citado en Giner (2008:25).

por las burguesías liberales del siglo XVIII para identificar a la esfera de grupos e intereses diferentes al poder político (Corona, Iglesia...), para después, tras consolidarse la posición de poder de quienes ampararon las revoluciones liberales, ser disuelta en una red de grupos intermedios conectados de modo directo con los intereses y estructuras del nuevo Estado Burgués.

Emigró un siglo después a las filas del pensamiento social y libertario (en sentido amplio). La sociedad civil es vista ahora como objeto de emancipación política y social, pero su valor como agente en este proceso terminará difuminándose, al canalizarse las energías participativas a través del partido como expresión casi total.

La crisis del estado del bienestar y la caída del Muro de Berlín hacen aflorar nuevamente el término. Los teóricos de la Tercera Vía (Etzioni, 2001) vuelven a hablar de la sociedad civil, reivindicando ahora su valor como actor con voluntad cooperante respecto al Estado, especialmente en lo relativo a su dimensión social. Será al rebufo de este aporte donde adquieren consistencia teórica e impulso político buena parte de los discursos que sustentan la idea hegemónica de tercer sector.

Por aproximación, los neoliberales también rescatan del viejo baúl de los conceptos el término, para desempolvarlo y restaurarlo, dándole su propia pátina ideológica. Sociedad civil, repiten buena parte de los best seller de management disponibles en los quioscos de aeropuertos de todo el mundo, es toda corporación, sea del tipo que sea, que se sienta responsable socialmente. Será por tanto un recurso amplio en el que cabe casi todo, situando en un plano homologable a organizaciones sociales, vecinales, entidades no lucrativas y bancos o corporaciones empresariales y siempre, ya se dijo antes, que contemplen algún elemento que permita visibilizar su responsabilidad social y lo sitúen en lógica de colaboración benéfica.

Los dos discursos anteriores, los de tercera vía y el social neoliberalismo, surgidos en el mismo tiempo económico, suponen un ensalzamiento de la sociedad civil y, al mismo tiempo, una cierta desideologización de la misma. Aunque en distinta proporción, para ambos, la sociedad civil es más un actor funcional, un colaborador operativo de quienes producen las ideas y relaciones estructurantes de la sociedad (el Estado y el Mercado), que un agente con capacidad de incidir con su visión de la realidad, su conocimiento y sus propuestas en la configuración final de nuestras sociedades.

Finalmente, en este breve recorrido histórico, el momento de crisis actual hace aflorar ideas renovadas sobre la sociedad civil. Los últimos tiempos han supuesto una recuperación de la misma como sujeto político. Reemerge la función transformadora respecto al statu quo, un cometido de ida y vuelta desde los inicios de la modernidad. Y lo hace además apoyada en el impulso de un

buen número de espacios de acción colectiva (Díez, 2012), acompañados de prácticas, modos de hacer innovadores o renovadores, que aportan visibilización social a posibles nuevas relacionalidades respecto al papel del Estado y también del mercado.

La resignificación de la sociedad civil como sujeto repolitizado se manifiesta grosso modo en tres dinámicas:

- 1) El cuestionamiento en torno al funcionamiento de los mecanismos de democracia representativa, enfocando el diálogo entre los espacios de democracia formal (Estado) y los actores con capacidad de generar dinámicas de democracia participativa (los movimientos sociales, vecinales, entidades no lucrativas...). El movimiento más visible lo tenemos en el proceso de prácticas políticas que arrancan en un gran número de municipios tras el surgimiento del Movimiento 15-M.
- 2) El cuestionamiento de los mecanismos del mercado, planteando prácticas que aportan nuevas formas y lógicas económicas basadas en criterios de economía colaborativa y bien común (Gisbert, 2010).
- 3) El cuestionamiento en torno a la respuesta social hegemónica de la propia sociedad civil y del tercer sector apostando por el fortalecimiento de modos de cooperación más horizontales y recíprocos entre los sujetos (impulso de iniciativas como bancos de tiempo, etc.).

### **2.3. Retorno a la idea de espacio público. De la Sociedad civil al tercer sector**

Descritas las macro concepciones y la propia evolución de la idea de sociedad civil a lo largo del tiempo, toca ahora aproximarnos al papel del tercer sector en todo esto. Para autores como Zubero (1996) o Camps y Giner (2014) la idea de espacio público, asidero que nos ha traído hasta aquí, es amplia y contradictoria, dejando en similar lugar a una organización dedicada a la integración de personas en situación de exclusión que a un club de aficionados a la música jazz. Por ello entienden que es necesario afinar algo más. La sociedad civil, como sujeto dialógico de interés en este trabajo, será aquella que ocupa el lugar de la proactividad por el bien común, guiando su acción por valores como la mejora colectiva de las condiciones de vida, la justicia social y la defensa de los derechos humanos.

Hablamos, utilizando palabras de Bauman, de un tipo concreto de espacio cívico, aquel que adquiere compromiso en torno a una idea de comunidad como totalidad imaginada (Bauman, 2003). Dentro de este espacio, el territorio concreto del tercer sector se ha centrado en la brega por proporcionar unas

condiciones materiales y relacionales que permitan que todos los miembros de esa comunidad-sociedad sean sujetos dignos.

Este sería el marco de objetivos y el espacio del tercer sector, si bien, como hemos dicho en otras ocasiones (Jaraíz, 2009), resulta más fácil definirlo que explicarlo. Por un lado, porque a menudo estas organizaciones comparten los objetivos con otras entidades cívicas situadas a extramuros del tercer sector: entidades vecinales, agrupaciones de ciudadanos, iniciativas de solidaridad no formales. Por otro, porque con frecuencia comparten también el espacio con otras organizaciones: las de economía social, asumidas en algunos casos como organizaciones del tercer sector y, en otros, situadas en una esfera próxima, pero diferenciada respecto al mismo. De hecho, es cada vez más frecuente la denominación de éstas como entidades del cuarto sector.

Salomon y Anheier (1992) utilizan un trecho al que recurrimos a efectos de delimitar del modo más preciso posible los objetos de análisis. Nos hablan de las Organizaciones No Lucrativas (ONL), como un tipo de entidad del tercer sector caracterizada por: ser entidades formalizadas en base a un marco legal, diferentes e independientes respecto a las administraciones públicas, con sus propios mecanismos de autogobierno, participadas por personas voluntarias, con fines y prácticas orientadas a cuestiones de interés social declarado y ausencia de lucro. Si bien entendemos que no todas las Organizaciones del Tercer Sector (en adelante OTS) se contienen en esta definición, sí es cierto que en esta delimitación es donde encontramos a la mayor parte de entidades y será la que nos sirva de referencia en este artículo.

## **2.4. ¿Contribuir o construir? Debates sobre un sujeto político**

Ya hemos dicho antes que el tercer sector sobre el que tratamos aquí ha emergido en un determinado contexto económico y político concreto. Es, en cierto modo, manifestación de un proyecto específico de sociedad basado en la premisa de la colaboración entre sociedad civil y Estado, para el desempeño de uno de los fundamentos y obligaciones esenciales del segundo: la garantía de bienes sociales a la ciudadanía.

En este proyecto, la diversidad de posiciones de las organizaciones que dan forma al tercer sector se contienen en la dialéctica entre dos visiones: la de aquellos que creen en los bienes públicos, pero se reconocen como cooperantes imprescindibles en torno a los mismos, y la de quienes directamente abogan por una sustitución de bienes públicos por bienes cívicos y de mercado.

Si bien, utilizando la premisa habermasiana que hemos planteado en el apartado 2.1, el solo hecho de su existencia le dota de una capacidad comunicativa potencialmente recreadora. Dicho de otro modo, el tercer sector es promocionado en un contexto y con un guión específico, pero su sola exis-

tencia le otorga también capacidad para reformular su propia trama, pasando a ser, como plantean Fernando Vidal y Rosalía Mota (2007), no solamente un mero contribuyente del proyecto de bienes comunes, sino un componente en la construcción del mismo.

Esta producción de sentido, o búsqueda de sentido según se mire, ha sido especialmente relevante en nuestro país en la última década, y a ello han contribuido espacios como el abierto por la revista que acoge este paper. En tal búsqueda, la tensión analítica se ha movido principalmente en torno a dos cuestiones.

De un lado, su papel en la dialéctica entre administraciones públicas (como expresión operativa del Estado) y entidades sociales, conviviendo, a veces en el mismo guion, discursos que abogaban por una mayor vinculación con lo público, especialmente en lo relativo al financiamiento del sector por parte de las administraciones y la inclusión de sus actuaciones en un marco de políticas públicas, y con otros que ponían énfasis en el refuerzo de autonomía respecto a estas<sup>2</sup>, como condición para poder mantener una posición crítica en los procesos de valoración y evaluación de las políticas sociales en torno a las que se trazaban las relaciones de colaboración.

De otro lado, se halla la relación entre las organizaciones sociales y los sujetos individuales y colectivos hacia los que se dirigen sus actuaciones, centrando los debates en temas como el análisis de las lógicas de intervención social activadas por los servicios y programas gestionados desde las entidades, el impacto de las actuaciones sobre las personas, la participación de agentes diversos (voluntarios/as, profesionales, ciudadanos/as), la calidad, el papel de los afectados en los procesos de intervención... Estas segundas cuestiones atienden al impacto que genera la acción de las organizaciones, pivotando el debate entre planteamientos más asistenciales, enfoques de promoción o integración social y planteamientos de empoderamiento de los sujetos.

Continuando con la dialógica habermasiana, la capacidad de reformulación del tercer sector en las dos últimas décadas está para Alinea (2012)<sup>3</sup> en que, siendo un espacio situado en la esfera de lo social, genera dinanismos también en torno al resto de esferas. Esto se concreta sobre tres funcionalidades: la función social, la más genuina, orientada a la generación de vínculos, identidades y formas de sociabilidad, en definitiva en la producción de marcos de referencia; la económica, por ser un espacio de emprendimiento en sentido amplio, tanto para quienes trabajan en él, como para quienes son objeto de atención

2 En el entorno de estos planteamientos hay que situar también aquellos que abogan por la búsqueda de alianzas con las corporaciones y empresas en línea de mejora de la sostenibilidad de las organizaciones.

3 Citado en Fantova, 2014.



por parte de sus organizaciones; la función política, al convertirse en agente de pertenencia cívica, canalizador, a través figuras como el voluntariado, de la energía de participación social de la comunidad política.

Los elementos de tensión apuntados (dependencia/autonomía respecto a las administraciones e impactos asistenciales o transformadores de la acción) y las funcionalidades (económica, política y social) delimitan la agenda de cuestiones sobre las que se asientan las diversas posiciones del tercer sector y su papel en la sociedad civil.

**Cuadro 1. Agenda tentativa de cuestiones a debate en el tercer sector**

	Administraciones / Entidades Sociales		Entidades / Sujetos	
	Colaboración con esfera pública	Autonomía	Relación asistencial	Relación de capitalización social
<b>Función Económica</b>	Condiciones y formas de financiación pública	Vías de sostenimiento privado y cívico	Apoyo material inmediato	Procesos de integración Economía social y colaborativa
<b>Función Política</b>	Relaciones con redes y grupos de interés político	Relaciones con movimientos sociales, vecinales...	Permanencia, dependencia, enfoques de cliente	Participación social, implicación de afectados y otros actores... Denuncia
<b>Función Social</b>	Integración en catálogos de programas públicos	Complementariedad, respuestas propias, calidad, innovación social	Subsistencia. Reducción del malestar social. Construcción de referentes de ayuda	Empoderamiento, impulso de espacios de reciprocidad. Defensa de los derechos

Elaboración propia.

A modo de cierre de este apartado, hemos de señalar que el tercer sector toma auge como una expresión de la sociedad civil ajustada a un espacio y un tiempo concreto. Aparece como una manifestación cívica, pero sustentada sobre relaciones de colaboración y sostenimiento por parte del propio Estado. Esta posición de interface incorpora de manera inevitable diversos elementos de tensión, cuestión que contribuye a la resaltable heterogeneidad del mismo.

### 3. CONTEXTO Y CONFIGURACIÓN DEL TERCER SECTOR EN ESPAÑA

#### 3.1. Capitalismo y bienestar

Hemos dicho que la cooperación ha sido el sustrato sobre el que se han construido buena parte de las praxis de OTS en nuestro país, al menos hasta tiempos recientes. Es necesario apuntar, sin embargo, que esta lógica de colaboración no le es genuina, del mismo modo que estas entidades, otros espacios de la arena cívica (sindicales, vecinales...) han otorgado predominio al guion de la cooperación Estado-sociedad civil en las décadas inmediatamente anteriores.

Estas relacionales se han desarrollado en un marco específico, sobre un gran pacto entre actores, el de capitalismo del bienestar. Luís Moreno (2013) rescata este término para referirse al momento político que, en el contexto europeo occidental, va desde finales de la II Guerra Mundial a nuestros días. Este periodo se ha caracterizado, entre otras cosas, por la corresponsabilización de Estado, Mercado y sociedad civil en torno a la garantía de unos bienes sociales básicos a la ciudadanía. De este periodo diferencia tres momentos: el primero de ellos lo denomina Edad de Oro (1945-1975), caracterizado por altos niveles de empleo (masculino en gran mayoría), capacidad creciente de retribución y consumo y expansión progresiva de programas de bienestar social de impulso público (sanidad, educación, servicios sociales...). El liderazgo del Estado como impulsor del bienestar se hace sobre la base de una sociedad civil con capacidad de presión política y cultura de consenso. En este contexto serán otros actores de la misma, especialmente el movimiento sindical y el vecinal (relevante en el ámbito local) los que asuman protagonismo, teniendo las OTS un papel subsidiario.

Más tarde, en lo que Moreno denomina Edad de Plata (1976-2007), el asentamiento de un proceso de internacionalización primero y después de globalización de las economías nacionales, traerá consigo entre otras cosas, un incremento del desequilibrio en las cargas fiscales y el fin de sociedad de pleno empleo. El aumento de riesgos sociales y los límites a la capacidad protectora del Estado, fruto de la crisis fiscal del Estado, serán consecuencia de estas transformaciones. El pacto al que aludimos seguirá en cierto modo vigente, si bien se produce una acusada transformación en el guion de los distintos actores. Durante esta etapa se generan diversas estrategias de resiliencia que van a amortiguar el retroceso de las políticas públicas de bienestar. Por un lado, el Estado tratará de sostener el esfuerzo público incorporando nuevas formas de gestión con lógica de management, orientadas al uso más eficiente de los recursos. Una segunda estrategia se basa en el refuerzo de vías de colaboración

operativa con una parte de la sociedad civil. Será en este contexto en el que las OTS tengan su propia etapa de gloria. Estas van a ser, en este momento, la parte visible de la sociedad civil ocurriendo que, en cierto modo, se produce una especie de tercersectorización de lo cívico (Jaraíz, 2009), donde incluso buena parte de los actores sindicales o del movimiento vecinal van adoptando posiciones colaboradoras vinculadas a la prestación de servicios relacionados con el bienestar.

En el tiempo presente, denominado por Moreno Edad de Bronce, la crisis iniciada en 2007 agudiza la tensión entre capitalismo y bienestar, poniendo de manifiesto el agotamiento progresivo de los proyectos de lógica común a favor de filosofías individualistas y de autointerés. Si bien el proceso de esta etapa no está decantado, sí parece claro que la sociedad debe escrutar nuevas salidas por la vía del bien común, deberá regenerarse sobre la base de un nuevo pacto social (Cabrero, 2014) y, sobre ello, de enfoques renovadores de política social (Fantova, 2014).

**Cuadro 2. Posiciones de Estado, sociedad civil y OTS**

<b>Posiciones respecto al bienestar común</b>	<b>Edad de Oro</b>	<b>Edad de Plata</b>	<b>Edad de Bronce</b>
<b>Estado</b>	Expansión	Sostenimiento	Retroceso
<b>OTS</b>	Subsidiario	Colaborador	borador/Sustituto
<b>Sociedad Civil</b>	Crítica/Consenso	Colaboradora	Crítica/Resiliente
<b>Actor recurrente</b>	Movimiento sindical y vecinal.	OTS	Nuevos movimientos sociales/Nuevas vecindades

Elaboración Propia.

De este proceso podemos concluir que las conexiones entre sociedad civil y tercer sector han sido de distinta naturaleza según el momento, pasando de un vinculación subsidiaria del tercer sector respecto otros espacios cívicos con capacidad de ejercer un liderazgo de presión reivindicativa, negociación y búsqueda de consensos, a una relación más simbiótica en la que se han compartido modelos de relación y gestión respecto al ámbito estrictamente público, permitiéndose con ello una visibilización de las OTS como actores de primera línea de la sociedad civil. El escenario de crisis del presente inmediato está transformando de modo intenso la propia configuración de la sociedad civil, impulsando como veremos a continuación un rápido auge de formas nuevas o renovadas de sociedad civil. Será en este escenario cambiante en el que, tanto

los movimientos sociales clásicos como las OTS, hayan de encontrar su espacio y guion.

### **3.2. El caso español. La construcción de un actor heterogéneo y dependiente**

El despliegue del capitalismo del bienestar tendrá sus peculiaridades en cada zona. En los países mediterráneos, entre los que podemos encuadrar a España, se ha caracterizado por una incorporación tardía a las dinámicas descritas. Si bien el proceso de gestación de las estructuras modernas del bienestar empieza a fraguarse en la segunda parte del franquismo, con un Estado de perfil autoritario, será tras la transición cuando se aceleren los cambios institucionales más profundos.

Hay que advertir que este retraso en la activación hace coincidir la crisis del primer Estado del Bienestar en Europa (el final de la Edad de Oro), con su auge en España. Además, nuestro país no es ajeno a la base económica de la crisis del bienestar, más bien al revés, ya que, a la propia inercia del contexto europeo, ha de unirse el retraso en las estructuras económicas tras cuatro décadas de aislamiento.

Esto va a provocar que, en realidad, la edad de oro patria sea, además de tardía, breve. Se concreta principalmente en la modernización del sistema educativo, la universalización del acceso a la atención del sistema sanitario y, lo que nos interesa de modo especial en este artículo, en el despliegue descentralizado de los Servicios Sociales (en adelante SS.SS); espacio principal de conexión con las políticas públicas para la mayoría del tejido OTS a las que nos referimos. Será en el segundo lustro de la década de los 80 donde se acometa el grueso de estas reformas, incluida la aprobación de la mayoría de las 17 leyes autonómicas de SS.SS.

Sin embargo, a pesar de que los diversos textos legislativos recogen la aspiración al impulso de unos servicios sociales amplios y diversos, con un catálogo de programas estructurado en lo local y en lo específico y, sobre todo, de claro predominio público (asignándose formalmente a las OTS un guión meramente subsidiario). En la práctica, la implantación de este tipo de políticas en un momento de reformulación del bienestar en Europa va a requerir de una colaboración de estas entidades en primera línea de acción, de modo que, en ámbitos como la atención a la discapacidad, los servicios para personas mayores o la atención a personas sin hogar, por citar algunos ejemplos, la mayor parte del tejido de presencias ha sido desde los inicios de titularidad cívica (Casado, 2014).

El actual tercer sector es en cierto modo fruto de una doble dinámica de acumulación-reconversión a lo largo de las últimas décadas de diversas tipo-

logías de entidades, con distintos modelos de intervención social y diferentes alianzas participativas. Y decimos acumulación porque su diversidad y heterogeneidad es, en parte, resultado, respecto a los tres elementos citados, de que en diferentes momentos se han potenciado modelos de tercer sector que, en lugar de sustituir a los anteriores, han convivido con ellos favoreciendo su reedición, conformando de este modo una especie de terreno compactado en cuatro capas.

La primera capa de organizaciones sociales se forma antes de la etapa democrática. Serán las hoy denominadas entidades singulares, para Rodríguez Cabrero y Montserrat (1996), entidades caracterizadas, en sus orígenes, por un impulso más institucional que cívico; apoyadas por administraciones: Iglesia, Obras Sociales de Cajas de Ahorro, etc. Estas van a coexistir con un tejido entidades más pequeñas, centradas en servicios específicos y vinculadas principalmente a la Iglesia Católica. El contenido más común de sus actuaciones se concreta en el apoyo asistencial.

La segunda capa de entidades sociales emerge tras la democracia. La carencia de servicios va a llevar a que, en determinados ámbitos (el de la diversidad funcional es un ejemplo visible), sean los familiares y afectados quienes se asocian para generar respuesta a sus propias necesidades. También en este tiempo algunas de las pequeñas entidades de la anterior etapa se readaptan a estos esquemas de funcionamiento. En este tiempo, buena parte de las nuevas energías de intervención se centran en el impulso de modelos de atención más terapéutica y en la puesta en marcha de servicios diversos de tipo residencial.

El ya señalado impulso legislativo e institucional del bienestar de la segunda parte de los años 80 va a acelerar la configuración del tercer sector moderno. Este tiempo es, sin duda, el más relevante en la formación del entramado de las OTS, que comienzan a ser visibilizadas además como actor económico con un peso (relativo) sobre el PIB (Azúa, 1996). Al empuje anterior de entidades singulares y organizaciones de autoayuda, se unen ahora impulsos organizativos diversos, si bien es resaltable en esta tercera capa de organizaciones el incremento de entidades dedicadas a aproximar al ámbito local los diversos programas sociales. Se despliega en este tiempo buena parte del tejido de organizaciones de lucha contra la droga. Aparecen nuevas entidades de intervención local en el ámbito de la inserción sociolaboral con jóvenes y otros colectivos. En no pocos casos, algunas de estas ONL surgen desde el impulso de movimientos sociales clásicos. Un ejemplo de ello lo tenemos en el auge de las asociaciones antidroga, nacidas en buena parte desde el movimiento de barrios (Jaraíz, 2009).

Por otro lado, en este tiempo, el auge del fenómeno pone también sobre la mesa la necesidad de generar voces propias y de tener peso político, tomando

con ello relevancia la generación de redes de entidades. Surgen aquí espacios de segundo nivel: entidades dedicadas no a la intervención directa, sino al impulso de procesos de colaboración interorganizativa y de interlocución, tanto con las administraciones como con otras esferas de la sociedad civil. Hablamos de espacios como la Plataforma del Voluntariado, EAPN, etc. En relación a las formas de intervención, toman fuerza las metodologías de inserción en sentido amplio. Buena parte del sector realiza un esfuerzo por trascender de enfoques asistenciales a esquemas de intervención centrados en el acompañamiento social. Este esfuerzo va a generar no pocas experiencias que ahora serían clasificadas como de innovación social. Se comienza también a dedicar tiempo, esfuerzo y algunos recursos a la labor de sistematización de la materia gris metodológica aplicada sobre estas prácticas. Algunas entidades abordan trabajos de investigación sobre problemáticas y cuestiones de intervención social, se generan publicaciones, etc. Atendiendo a las alianzas, hay que destacar la importancia que en este momento va a tener el impulso de culturas de colaboración voluntariado-profesionales. El auge de las OTS en esta etapa se soporta sobre el asentamiento de ambas figuras en el marco de las entidades. Si bien es cierto que la gestión de este equilibrio y el cuidado del protagonismo de una y otra figura no ha sido sencillo.

Los inicios del siglo actual conforman la cuarta capa del sector, asentada sobre la necesidad de fortalecer la dimensión reticular de las organizaciones. Son destacables aquí algunas alianzas de entidades diversas (ONGs, vecinales, economía social y cooperativa...) para la intervención, tanto en ámbitos temáticos como en planes comunitarios integrales de barrios y territorios. En similar línea, la implantación de dinámicas de coordinación abierta (Fresno y Tsolakis, 2010) en el seno de la UE va a favorecer el auge de redes de redes, organizaciones de tercer nivel que tratan de generar espacios de encuentro de redes temáticas (de segundo nivel), entidades singulares, etc. Si bien es cierto que el foco de esta colaboración se ha centrado prioritariamente en la mejora de las condiciones de financiación del sector respecto a las administraciones públicas.

En lo relativo a la intervención social, las ideas de inclusión social y de activación van a concentrar buena parte de los dinamismos. Con ello se enfatiza la importancia de aspectos como la participación de los afectados en los propios procesos de intervención, incluso en las organizaciones, las cuestiones de empoderamiento, etc. Se hacen visibles también enfoques más abiertos de acción, que tratan de trascender los abordajes estrictamente orientados a bienes sociales, para trabajar sobre esquemas de desarrollo social dando centralidad en la intervención a aspectos culturales, artísticos, cívicos, urbanísticos; elementos entendidos antes como periféricos respecto a lo estrictamente social. Y en estos debates estaba el tercer sector cuando llegó la crisis.

**Cuadro 3. La construcción de un actor heterogéneo**

	<b>Capitalismo no democrático del Bienestar</b>	<b>Capitalismo democrático del bienestar</b>		
	<b>1ª Capa &lt; 1975</b>	<b>2ª Capa 1975-1985</b>	<b>3ª Capa 1985-2000</b>	<b>4ª Capa &gt; 2000</b>
<b>Tipología de OTS</b>	Grandes entidades singulares. Entidades sociorreligiosas	Entidades de atención especializada (diversidad funcional, mayores)	Entidades de acción local (toxicomanías, empleo, sin techo). Surgimiento de redes de entidades (segundo nivel)	Alianzas para la intervención integral (territorial o sectorial). Consolidación de redes de segundo nivel e impulso de redes de tercer nivel
<b>Modelos de intervención</b>	Asistencia y apoyo social	Atención terapéutica. Servicios Residenciales	Inserción social y acompañamiento	Inclusión social. Participación y normalización activa
<b>Alianzas</b>	Impulso institucional	Autoayuda y ayuda mutua (afectados, familiares...)	Alianzas voluntariado/acción profesional	Participación y empoderamiento

Elaboración propia.

## 4. CAMBIOS DE GUIÓN

### 4.1. La rupturas

La evolución descrita había ido, poco a poco, marcando el perfil del tercer sector de nuestro país hasta la llegada de la crisis:

- Un actor conformado por unas 29.000 organizaciones, con una creciente capacidad de apoyo social. Dio respuesta en 2010 a más de 47,6 millones de atenciones directas, un 29,4 % más que en 2007 (Anuario del Tercer Sector, 2012).
- Un espacio heterogéneo, constituido en torno a lógicas diversas (singulares, formas de autoayuda o ayuda mutua, organizaciones voluntarias...).
- Con una destacable asimetría organizativa (Fresno, 2014); aunque con un predominio de la figura de la asociación, es destacable el incremento en la última década de otras figuras, como las fundaciones.
- Un agente económico en expansión pero al mismo tiempo vulnerable. En

términos macroeconómicos casi cuadruplica su aporte a la economía en los tres últimos lustros, pasando de un 0,59 % del PIB en 1995 (Rodríguez Cabrero y Montserrat, 1996), al 1,88 en 2010 (Anuario del Tercer Sector). Si bien seis de cada diez euros proceden de ayudas de la esfera pública, cuestión que pone de manifiesto su dependencia en este sentido.

- Un entramado cívico con una reseñable capacidad de generación de empleo (en torno a 635.000 trabajadores/as).
- Un espacio de participación para más de un millón de personas voluntarias y en clara tendencia de incremento.
- Un agente con potencial capacidad de innovación en lo relativo a enfoques de intervención, pero al mismo tiempo con un guion de acción predominantemente adscrito a espacios de colaboración en el marco de las políticas públicas.

Este era, palmo arriba o abajo, el cauce por el que discurría el devenir de las OTS hasta la llegada de la crisis. Pero el proceso de descomposición de lo social que arranca a finales de 2007 va a suponer una especie punto de inflexión para estas organizaciones.

El primer elemento incidente en esta inflexión lo acarrea el vertiginoso efecto de agudización de la pobreza y la desigualdad, que revertirá el ya de por sí lento y frágil proceso de cohesión que caracterizó las tres décadas anteriores a la crisis. A la intensificación de la vulnerabilidad social hay que unir la estrategia económica empleada para el abordaje la misma, concretado en un drástico recorte del escenario de acción sobre el que discurría la obra sobre el bienestar, dejando instaladas las políticas sociales en la cultura de la estrechez. Todo esto ha trastocado de modo intenso el día a día de las OTS. Por un lado, se ha incrementado de modo exponencial la demanda de atención y servicios a las mismas. Cáritas advertía en el VIII Informe del Observatorio de la Realidad Social (2013) del incremento en un 300% del número de atenciones generadas desde su red de ayuda. Este incremento cuantitativo ha ido acompañado de una transformación cualitativa, el cambio en el perfil de personas y familias con necesidades de apoyo social. La mayor parte de los nuevos vulnerables de hoy son clase media de ayer.

Las nuevas demandas y necesidades están atravesadas por una paradoja: estas no vienen ahora del perfil clásico de demandantes sino que proceden, en gran parte, de gente que se sentía integrada en el juego económico. No precisan de una reactivación inclusiva de los sujetos tal y como veníamos entendiéndola, sino de un respaldo que les ayude a recuperar el espacio perdido y, si no es posible, que les permita al menos paliar el golpe de la inesperada caída. Si en el momento previo a la crisis, el imaginario de la inclusión consistía en trazar pro-



cesos para ayudar a los sujetos a buscar su lugar en una sociedad que avanzaba, decían algunos, hacia el pleno empleo, hoy el juego consiste en apoyar a los que han vivido en una cultura de sentirse incluidos a afrontar/enfrentar la pérdida. Al esfumarse el principal espacio de inclusión (el empleo), pierde sentido el patrón de intervención que dio sustento al proceso de modernización de las OTS.

Al incremento de la demanda, los cambios de perfil y el cuestionamiento de los modelos de intervención, se une un triple proceso de recorte, reconversión y retraso del apoyo público a las OTS. Recorte porque se reducen los aportes económicos como consecuencia de la aplicación de criterios de austeridad. Reconversión porque, ante lo anterior, las administraciones, especialmente las locales pero no solo estas, han reorientado su apoyo a intervenciones de emergencia social con capacidad paliativa. Retraso porque, en muchos casos, se han demorado sus compromisos de financiación pública de modo insoportable para un sector que, además, arrastraba ya importantes fallas de sostenibilidad.

El conjunto de aspectos señalados nos pone ante diferentes tesituras que marcan el cambio de época (Vidal, 2013) que afrontan las OTS. De un lado, los problemas de recorte y los retrasos en pagos han hecho inviable la continuidad de una parte del tejido de OTS. Este envite ha sido mejor resistido por organizaciones con una mayor diversidad de fuentes de financiación y, especialmente, por entidades que tenían un arraigo local y comunitario importante (FOESSA, 2014).

Al mismo tiempo se han renovado algunos espacios asociativos en el marco de las OTS. Dos son las lógicas en torno a las que se ha producido esta revigorización (Jaraíz, Vidal et al, 2014). Por un lado, el incremento de entidades guiadas por lógicas de ayuda directa (de tipo alimentario, económico...). Por otro lado, las entidades vinculadas a lógicas de reciprocidad, que han tratado de impulsar proyectos de innovación social asentados en modos de colaboración recíproca de los sujetos (bancos de tiempo, redes de moneda social, etc.).

## **4.2. ¿Auge del voluntariado o revoluntarización de la intervención?**

Otro elemento asociado a la crisis ha sido el incremento de la figura del voluntariado en el marco de las OTS. Este hecho es destacado en diversos informes en los últimos años. Algunos calculan el incremento del mismo en torno al 20 % (Anuario del Tercer Sector, 2012). Otros, más optimistas, triplican el anterior porcentaje (Observatorio del Voluntariado, 2014). Sea del modo que sea, el aumento del voluntariado es un elemento paradójico destacable en todo este proceso. Por un lado, ha de ser leído en clave de sociedad civil: la reemergencia expresa resiliencias y energías solidarias que se activan para dar respuesta, y nadie discute de entrada que esta es una respuesta cívica sana.

Sin embargo, hemos de poner tal dato en relación con otras transformaciones en el marco de las OTS, especialmente con la evolución de profesionales. Ya dijimos anteriormente que ha sido en el contexto de una colaboración profesional-voluntariados en el que se ha desplegado el modelo más fructífero de OTS hasta la llegada de la crisis. Los datos en relación a la presencia de profesionales no permiten inferir un incremento en línea con el repunte de la acción voluntaria. Es lógico, si bien es cierto que según el Anuario del Tercer Sector, en la primera parte de la crisis, las OTS mantienen sus niveles de presencia profesional (hasta 2010); sin embargo, la perspectiva posterior a este tiempo es de claro retroceso de los cuadros profesionales, amortiguado formalmente en casos con la reconversión de empleo a tiempo completo por trabajos parciales y con el incremento, a veces abusivo, de figuras preprofesionales como las becas de formación.

Si relacionamos en clave de política pública este doble proceso (más voluntariado, menos profesionales), parece obvio que este hecho responde más a una inercia voluntarizadora de los programas sociales que a una apuesta por profundizar en estrategias de ciudadanía y participación social.

## **5. REFLEXIVIDADES DESDE LA ARENA CÍVICA**

### **5.1. Más presencia cívica con menos proyecto social**

Las tesituras descritas dejan sobre el tapete algunas cuestiones que deben hacernos reflexionar. Por un lado, las OTS parecen demostrar una destacable capacidad de readaptación y respuesta. Son percibidas como referentes de canalización de energías cívicas, de participación. También es clara la agilidad con la que las mismas pueden reorientar su acción en un entorno de incremento de riesgos sociales y de necesidades cambiantes. Sin embargo, esta ductilidad se ha hecho sobre una premisa perversa. Se pide a buena parte del tejido que, en lugar de contribuir a un proyecto de universalización y promoción de derechos sociales, sea agente para el impulso de políticas neobeneficentes, soportadas en modelos de atención que discursivamente parecían superados.

Esta re-comprensión de las OTS incorpora dificultades añadidas a los propósitos de mejora de la calidad en la intervención que han ocupado buena parte de las energías reflexivas y de los esfuerzos estratégicos realizados la última década. La paradoja, una vez más, está ahora en que, al tiempo que el tercer sector gana presencia pública en algunos espacios, el proyecto de bienestar en un marco de derechos sociales sobre el que nuestro actor se ha construido dis-

cursivamente, pierde peso. El riesgo está aquí en el logro de mayor presencia social, pero con menos proyecto cívico.

Es cierto que esta mutación afecta de lleno a un tipo de organizaciones, aquellas dedicadas de modo más directo a la acción social (estas son casi la mitad de entidades del sector).

Pero sería un error entender que el riesgo descrito se concentra de modo estricto sobre las ONL sociales. Lejos de esto es observable que, en distinto modo y con diferentes formas, se están adoptando criterios neobeneficentes para el conjunto de políticas que afectan al tercer sector. Mirando más allá del ámbito local es constatable cómo esta tendencia va más allá de nuestras fronteras. Estudios como los de Clark (2011) en el Reino Unido, o Simsa y Hollerweger (2012)<sup>4</sup> en Australia, ponen de manifiesto cómo en estos países se está produciendo también un considerable incremento de demandas sociales hacia las ONL, al tiempo que merman los esfuerzos de financiación hacia las mismas. Estas nuevas condiciones restringen su capacidad para poner en marcha procesos de acción inclusivos.

## 5.2. Un cambio de guion y tres posibles rutas

Es en esta tesitura en la que se dirimen las posiciones de futuro de las OTS. Parece claro que, discursivamente, estas organizaciones tienen clara una cuestión esencial: a quién servir. Son entidades arraigadas en la atención a la persona, a la gente que por su vulnerabilidad necesita un espacio de acogida, acompañamiento y apoyo (García Roca, 2012). Es en esta cultura de defensa de la gente, del rostro social que reivindica Levinás, donde se concreta el principal capital de las OTS, y también aquí donde obtienen su legitimidad ante/con el resto de espacios organizados de la sociedad civil.

Sin embargo, el cambio de guion genera incertidumbres en torno a otras preguntas: cómo servir y con quiénes hacerlo y, sobre todo, a favor de qué proyecto de sociedad y de sujetos. El terreno sobre el que el tercer sector habrá de escribir sus tramas se acoge aquí a tres posibles rutas.

- La primera ruta transita por la adaptación a las nuevas condiciones, al contexto de estrecheces en el ámbito de las políticas públicas, al descafeinado de las mismas en lo relativo a sus objetivos inclusivos y a la renuncia a la ubicación de OTS como actor que aporta participación social en torno a tal lógica inclusiva. De escoger esta ruta, es previsible una creciente dualización del tercer sector: De un lado, aquellas organizaciones que se ajustan a una intervención beneficente, que asumen necesidades que no atiende nadie, aportando una acción que prima la agilidad y

4 Citados por Simsa y Gálvez (2014).

adaptación a demandas emergentes y por lo general muy soportadas en un tipo concreto de presencia voluntaria. De otro, la mutación progresiva de otras OTS en entidades cada vez más parecidas a empresas especializadas en la gestión de servicios complejos que demanda el Estado o incluso el propio mercado. Organizaciones que priman la competencia basada en eficiencia de costos en la prestación de servicios, sobre otros aspectos sustantivos de la identidad (como la vocación participativa, la sensibilidad social, su cultura voluntaria y comunitaria, etc.).

- La segunda ruta viene guiada por la ilusión de un retorno a Ítaca. El camino se orienta aquí a buscar una vuelta a la senda por la que, con todas sus debilidades (no pocas), transitaban las OTS antes de la ruptura del guion. Para estos posicionamientos las estrategias se centran, prioritariamente, en la reedición de unas condiciones de interlocución con los actores que propiciaban el escenario de acción precrisis, o sea, con el mercado y, sobre todo, con el Estado. Para ello se insiste en la necesidad de ganar capacidad de interlocución con las administraciones, de fortalecer la visibilización, de ser mejores lobbies, interlocutores corporativos a la altura de otros como las organizaciones sindicales (paradójicamente también en profunda crisis). Desde esta posición, las OTS observan el riesgo de dualización señalado en el punto interior, o entidades benéficas o empresas sociales, pero juegan sus cartas a la recuperación de un escenario previo que, por la profundidad de esta crisis, parece difícil que sea reeditado. Generalmente las organizaciones son conscientes de esto: nada será tal como fue. Pero la apuesta en este trayecto parece centrarse más en tener la mejor posición posible cuando empiece un nuevo periodo, que se desea lo más parecido posible al anterior, que en la construcción de las condiciones de ese tiempo por venir.
- La tercera ruta vamos a llamarla aquí las del tercer sector 3.0. Se apoya en la necesidad de una especie de reedición del tercer sector, apostado por organizaciones más cívicas que sociales. Esta reedición toma como centro de gravedad la idea de innovación social (Subirats, 2014), orientada a la búsqueda de modos de organización, espacios de relación y lógicas de intervención inéditas. Ante la crisis de los modelos de intervención activadores, apuesta por estrategias de resiliencia, tanto individual como colectiva, y de empoderamiento. Desde esta posición se plantea la necesidad de una reinención de las OTS mirando prioritariamente a la sinergia con aquellos espacios de la sociedad civil que están produciendo formas nuevas o renovadas de respuesta al actual escenario.

Y aquí tenemos al tercer sector, en pie frente a la encrucijada, observando reflexivo las señalizaciones que marcan el destino de cada ruta, enfrentándose

en su fuero interno al conflicto entre su vocación pragmática y su identidad híbrida. En el fondo nuestro actor es consciente de que, sin poder tomar de modo absoluto una de estas rutas, tampoco puede abandonarlas por completo. Tal vez toque al tercer sector hacer su propio camino, rehilado sobre conexiones con los otros tres, ideado en torno a pasarelas que permitan avanzar y pasar al tiempo de una ruta a otra. Si esto fuera así, las OTS no se enfrentan tanto al reto del camino a tomar como a por qué ruta empezar a reconstruir su propia trayectoria. Aquí nos acogemos a esta postura analítica, a la idea de que las OTS han de combinar tres estrategias a un tiempo, o si se quiere a tejer su estrategia sobre esta triple combinación, si bien defendemos que el camino empieza por la vía de un reencuentro en el amplio espacio de la sociedad civil. Entendemos que, sin reinventarse como sociedad civil, el tercer sector está condenado a perderse por derroteros sombríos o bien a circular por el arcén de la autopista del mercado de lo social.

## **6. TERCER SECTOR, REINVERSIONES DESDE EL LADO CÍVICO**

Si se inicia el camino por el lado de la sociedad civil, más pronto que tarde aparecerá la primera pregunta común: ¿cuál es el papel de la sociedad civil (organizada) ante este contexto de fragilidades y desajustes? El tercer sector habrá de responderse esta cuestión como primer dilema. Pensamos aquí que tal interpelación ha de dirimirse en torno a tres aspectos: cuáles han de ser las conexiones entre entidades sociales, ciudadanos y nuevas vecindades; cuáles las renovaciones en los modelos de intervención social y cuáles las relaciones a tejer con sujetos vulnerables individuales y colectivos.

### **6.1. Las conexiones OTS, movimientos sociales y ciudadanía**

¿Están dotadas las OTS de una agenda política? De existir, ¿se conoce? ¿Para qué y para quiénes está elaborada? Parece claro que la realidad social presente hace necesario hoy un posicionamiento político a todo actor cívico, un aporte que señale salidas. En el caso de las OTS, una agenda anclada además en el valor añadido que otorga la proximidad activa a personas y a problemas cotidianos.

No se cuestiona tanto la existencia o no de tal agenda. Los esfuerzos propositivos llevados a cabo en la última década son claros por parte de las OTS, tanto del lado de entidades específicas como por redes de segundo y tercer nivel. Pero sí parece claro que la repercusión cívica de sus posiciones políticas y propuestas ha sido reducida. Da también la impresión de que, en cierto modo, la orientación predominante ha sido la de reforzar hacia dentro el sector, bus-

car alianzas entre OTS para, con más cohesión interna, visibilizar problemáticas y propuestas para ser oídos, sobre todo, por las administraciones. Este ha sido, como se dijo antes, el esquema de acción natural hasta la fecha<sup>5</sup>.

El momento actual parece requerir un nuevo guion de acción en el que los actores sociales sean capaces de generar agendas abiertas que permitan la adhesión de otros sectores cívicos. El criterio es, antes que buscar la atención de la administración, pensar en cómo ser escuchados por el resto de actores de la sociedad civil. En el contexto actual, todo debate que no se traslade a la arena cívica tiene poco margen de éxito. Es cierto que no existe en nuestro país una tradición asentada de conexiones amplias de movimientos vecinales, sindicales, OTS y nuevos movimientos sociales de hoy y de ayer. Frecuentemente, han primado sobre el conjunto las propias cuestiones particulares. Existen, sin embargo, algunas experiencias significativas en las que las OTS han liderado procesos con una relevante adhesión de otros actores cívicos. Hablamos de iniciativas como la generación de la denominada Plataforma 0,7. El aprendizaje generado sobre estas experiencias (Marcuello, 1997), es un capital a explotar.

El constreñimiento de los márgenes de acción política en nuestras sociedades es obvio, ~~mientras que~~ el licuado de las responsabilidades políticas en múltiples esferas (local, autonómica, estatal, europea) obliga a la búsqueda de alianzas sobre una agenda de asuntos con capacidad para enlazar a organizaciones de los diversos ámbitos y también de generar espacios de acción multi-nivel que enreden actores de lo local a lo global.

Las OTS han basado su estrategia primera en reforzarse en torno a sus propias redes para ganar en capacidad de interlocución. Es un paso necesario e importante. Pero esta potencialidad puede utilizarse de diferentes formas, bien como mera herramienta de defensa de intereses corporativos, bien como recurso para la acción cívica, o intentando un equilibrio entre ambas tensiones.

Pensamos aquí que, si la capacidad de interlocución se concentra, solo o principalmente en las cuestiones de defensa del sector, el futuro del mismo será más que sombrío. El nuevo escenario parece poner de manifiesto que, sin liderazgo en lo cívico, la capacidad de acción de conjunto se reduce. Por ello, parece relevante la necesidad por parte de las ONL de poner sobre la mesa cívica una agenda de cuestiones estrictamente sociales, de asuntos sobre los que se tiene autoridad indiscutible, como por ejemplo los efectos económicos de la crisis en las familias y el debate sobre la necesidad de un marco de garantía de rentas. Temáticas sobre las que el tercer sector ha generado conocimiento y un relato propio, sobre las que dispone de datos, con capacidad de

5 Un ejemplo de esto lo encontramos en el proceso conjunto que diferentes redes del tercer sector llevaron a cabo para generar una agenda de propuestas ante la Estrategia 2020 de inclusión social en la UE (ver EAPN, 2010).

adhesión de otros actores, comprensibles para el conjunto de la sociedad y que abogan por avances en el marco de derechos de la ciudadanía. Es en la defensa del espacio de derechos sociales donde se juega la otra orilla del cauce por el que transcurrirá el futuro del tercer sector.

## **6.2. Renovación de modelos de intervención. De la reciprocidad como objetivo a la reciprocidad como objeto**

El segundo elemento a tener en cuenta para el refuerzo de la dimensión cívica tiene que ver con los propios modelos de intervención social al uso desde las OTS. Nos son útiles para tratar de expresar esta idea los conceptos de don y reciprocidad que aporta la lectura de Mauss. La intervención de las OTS, en el esquema de acción social clásico, ha venido siendo una especie de eslabón en la cadena de don que ha construido nuestra sociedad. Han ejercido de facilitadoras de un conjunto de bienes sociales a personas y grupos sociales con dificultades para el acceso autónomo a los mismos. Podemos entender aquí que la intervención social que llevan a cabo las ONL se articula con lógica de ejercer de facilitadoras de tres grandes tipos de bienes: bienes materiales (ayudas económicas), bienes capacitantes (formación, habilidades) y bienes relacionales (redes, relaciones, afectos).

Pero estos bienes pueden también ser facilitados desde otras esferas sociales. ¿Qué diferencia entonces a unos y otros? La principal diferencia está para Víctor Renes (2014) en los objetivos que inspiran la intervención de cada actor. Para el mercado, el objetivo es el intercambio lucrativo (se da con la expectativa de recibir algo con más valor subjetivo). Para el Estado, el objetivo es la redistribución (se otorga para compensar desigualdades y evitar un desajuste que haga ingobernable la sociedad). El objetivo que guía el modelo de intervención de las ONL es la reciprocidad. La acción se ajusta a la idea —no de recibir o de redistribuir— sino de regenerar sujetos o comunidades que recuperen su capacidad de acción autónoma.

Entendemos que esta capacidad de orientar el modelo de intervención hacia objetivos de reciprocidad precisa hoy de una mirada a la reciprocidad como objeto. En los últimos años han surgido nuevos espacios de acción autónoma de carácter colectivo: iniciativas de autogestión de vecinos en torno a proyectos como los bancos de tiempo, las monedas sociales, etc. Un buen número de ellas son espacios absolutamente informales (gente que intercambia ropa, coche, casa, comida; juntándose en locales cívicos, plazas, o mediante Internet, WhatsApp...). Son en realidad nuevas vecindades que retoman propósitos vivos en el tercer sector, haciendo una relectura cívica de los mismos. Estas nuevas (o renovadas) vías de reciprocidad suponen hoy todo un aprendizaje metodológico para las OTS y una posibilidad de refuerzo del vínculo cívico

en espacios cotidianos. Aportan nuevas potencialidades para un reencuentro con el factor más frágil y crítico de la intervención, que es la relación que se teje en torno a los sujetos. Sobre esto hablamos en el siguiente apartado.

El distanciamiento respecto a los objetos con capacidad de producir reciprocidades se ajusta a un modelo de intervención que probablemente sea arrastrado por los cambios en curso. Muchas OTS se han distanciado del territorio, de sus cotidianidades y redes, de lo local, o lo han ignorado en su agenda para, paradójicamente, producir desde programas bien ordenados técnicamente procesos de inclusión de sujetos. La reducción del objeto a objetivos resulta hoy una simplificación insostenible para la intervención social. Esto ha provocado que, en no pocos barrios, gran parte del tejido de las OTS que operan en los mismos, sean vistas como actores externos a pesar de tener en ese lugar su infraestructura y sus gentes. Tomar la reciprocidad como objeto obliga a reforzar la capacidad de vínculo de las OTS con los tejidos locales y a buscar su espacio en las redes y plataformas, así como a acompañar las iniciativas vecinales conectándolas con los procesos de intervención, y a aprehender-se en lo comunitario.

### **6.3. Relación con los sujetos. De usuarios a vecinos**

Reorientar el objeto es una condición necesaria para provocar la mutación esencial que precisa esta ruta cívica: la relación de las organizaciones con los sujetos. Es en este ámbito de conexión con los sujetos, de reconstrucción de los dinamismos relaciones, donde las OTS tienen su mayor fortaleza. No son pocas las experiencias relacionales relevantes que, desarrolladas en diferentes ámbitos de acción, han contribuido a que las personas, los sujetos, recuperen su protagonismo y su dignidad. Estas prácticas producidas, aunque a menudo bastante dispersas, son tal vez el principal capital de las OTS y una fuente de investigación y aprendizaje social de primer orden. El conocimiento en la producción de condiciones que aporten dignidad a la gente es la principal aportación que el tercer sector puede hacer a la renovación social.

Algunas organizaciones han sabido, por ejemplo, trascender de procesos de intervención personal a enfoques en redes de afectados, posibilitando así el paso de sujetos individuales a sujetos colectivos que, compartiendo circunstancias y necesidades, han podido desarrollar habilidades de apoyo mutuo y autoorganización; elementos que han reforzado de modo más natural su autonomía. Este ha sido el caso de enfoques de intervención que han puesto en marcha buena parte de las organizaciones dedicadas a la atención a la diversidad, y también de una parte del tejido de entidades dedicadas al ámbito de la drogadicción. Desde este enfoque respecto a los sujetos, pueden aprenderse



las principales estrategias de generación de capital social activadas desde las OTS.

En esta misma línea se han desarrollado también prácticas de generación de vecindad. Una parte del tejido de entidades locales ha contribuido a que los sujetos pasen de ser usuarios a ser vecinos. Este tipo de prácticas han sido desarrolladas con frecuencia desde entidades dedicadas al trabajo con menores en barrios (absentismo, fracaso escolar). También algunas de las iniciativas con lógica de banco de tiempo, han permitido que sujetos condenados a ser usuarios de administraciones y entidades sociales, puedan renunciar o reducir esta dependencia, para ser vecinos vinculados a una red de intercambio que les permite ser más autónomos.

Un tercer espacio de renovación de las relaciones con los sujetos tiene que ver con las propuestas de lo que podemos denominar planificación por escenarios inclusivos. Algunas entidades, vinculadas al ámbito de las personas sin hogar, han decidido trascender de esquemas clásicos de intervención con este colectivo (albergues, centros), para orientar su planificación en la producción de lugares en los que los sujetos puedan construir otro tipo de relaciones, enfoques del tipo housingfirst, promoción de espacios de expresión cultural, deportiva o cívica. En definitiva, respuestas orientadas a la ruptura de un círculo relacional de predominio asistencial.

Las citadas son solo algunas experiencias, planteadas aquí de modo muy general y tentativo, que pretenden ejemplificar el enorme valor que tienen las prácticas relacionales en las OTS y su valor como fuente de reactivación cívica del lado de las OTS.

## **7. A MODO DE CIERRE. CONVERTIR BIENES SOCIALES EN BIENES COMUNES**

El futuro de las OTS está irrenunciablemente vinculado a su capacidad para reinventarse en el contexto de mutaciones que afectan a la sociedad civil. El tercer sector nace como respuesta cívica organizada y ajustada a un espacio y un tiempo concreto. La transformación de este marco obliga a nuestro actor a renovar sus funcionalidades y conexiones para seguir siendo un sujeto útil.

En la búsqueda del nuevo guion, las OTS han de poner en valor su vocación de proximidad a los sujetos, su identidad híbrida y orientada al servicio y sus aprendizajes para, desde ahí, poder reforzar nuevas dialógicas con otros sectores de la sociedad civil.

El proyecto de futuro de las OTS tiene como horizonte la generación de espacios de bien común. García Roca nos habla de que una de las evidencias

del actual momento se concreta en el fracaso de los actores únicos en la producción de bienestar (2013: 38). En similar línea, Bauman (2003) advierte de que la protección social del futuro o será colectiva, o no será. Los bienes sociales posibles requerirán de prácticas enredadas. En las mismas, el tercer sector tiene ante sí el reto de conformarse en interface relevante que contribuya a la conexión de los espacios formales (Estado y mercado), con la sociedad civil y sus diversos actores. También deberá ejercer como actor que vele por el sostenimiento de culturas de participación social y de calidad. Trabajar con bienes sociales para convertirlos en bienes comunes, combinar ingeniería y artesanía. Hermoso reto.

## 8. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALIENA, Rafael (2012). "Regímenes de bienestar y política por otros medios: un marco analítico". Comunitaria. Revista Internacional de Trabajo Social y Ciencias Sociales, 4, 9-42.
- AZÚA, Paulino (1996). "Las ONG ¿Un tercer sector? Mito o realidad". Documentación Social, 103, 281-290.
- BAUMAN, Zigmunt (2003). Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil, Madrid: Siglo XXI.
- DÍEZ, Rubén (2013). "Sociedad civil y acción colectiva". Más Poder Local, 14.
- CAMPS, Victoria y GINER, Salvador (2014). Manual de civismo. Barcelona: Ariel.
- CARITAS (2013). VIII Informe del Observatorio de la Realidad Social, Madrid: Cáritas.
- CASADO, Demetrio (2014). "Los servicios sociales públicos". En VII Informe sobre Exclusión y Desarrollo Social en España, 2014 (Documento de trabajo), Madrid: FOESSA.
- EAPN-España (2010). Propuestas del Tercer Sector de Acción Social para una Estrategia de Inclusión Social 2020 en España, Madrid: EAPN.
- ETZIONI, Amitai (2001). La tercera vía hacia una buena sociedad, Madrid: Trotta.
- FANTOVA, Fernando (2014). Diseño de políticas sociales. Fundamentos, estructura y propuestas, Madrid: CCS.
- FEUBERT, Cristian (2012). La economía del bien común, Bilbao: Deusto Ediciones.
- FRESNO, José Manuel (2014). Cambios sociales y tercer sector. Actuar en un nuevo contexto, Madrid: ICONG.
- FRESNO, José Manuel y TSOLAKIS, Andrea (2010). "Cohesión social e inclusión social en la Estrategia Europea 2020". Documentación Social, 157, 29-46.
- FUNDACION LEALTAD. (2013). Las ONG española ante la crisis (2007-2013). Análi-

- sis de la evolución de las ONG de la Guía de la Transparencia, Madrid.
- FUNDACIÓN LUÍS VIVES (2012). Anuario del tercer sector de acción social en España, 2012, Madrid.
- GARCÍA ROCA, Joaquín (2013). "Más allá de la crisis. Una ética de la inclusión". Lan Harremanak. Revista de Relaciones Laborales, 29, 29-42.
- GARCÍA ROCA, Joaquín (2012). Reinención de la exclusión en tiempos de crisis, Madrid: Cáritas-FOESSA.
- GISBERT, Julio (2010). Vivir sin empleo, Barcelona: Libros del Lince.
- HABERMAS, Jurgen (1999). "Los tres modelos normativos de democracia". En La inclusión del otro, Barcelona: Paidós.
- JARAÍZ, Germán; VIDAL, Fernando; FANTOVA, Fernando; MOTA, Rosalía. y DIE, Luís (2014). "Capital social y cultural en España". En VII Informe FOESSA de Exclusión y Desarrollo Social en España, 2014, 451-531, Madrid: FOESSA.
- MARCUELLO, Chaime (1997). "El movimiento 0'7. Un impulso colectivo". Acciones e investigaciones sociales, 4, 201-218.
- MORENO FERNÁNDEZ, Luís (2013). La Europa Asocial ¿Caminamos hacia un individualismo posesivo?, Barcelona: Península.
- RENES, Víctor (2014). "El papel del voluntariado en el siglo XXI". En GONZÁLEZ PORTILLO, M.A. y JARAÍZ, G. Encrucijadas en la acción voluntaria: Incertidumbres y retos, 23-55. Sevilla: UNIA.
- RODRÍGUEZ CABRERO, Gregorio (2014). "Transformaciones institucionales y conflictos en el Estado del Bienestar en España". En VII Sobre Exclusión y Desarrollo Social en España 2014 (Documentos de trabajo). Madrid. FOESSA.
- RODRÍGUEZ CABRERO, Gregorio y MONTSERRAT, Julia (1996). (dir). Las entidades voluntarias en España. Institucionalización, estructura económica y desarrollo asociativo, Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales.
- SALAMON, Lester M., y ANHEIER, Helmut.K. (1992), "In Search of the Nonprofit Sector I: The Question of Definitions", VOLUNTAS: International Journal of Voluntary and Nonprofit Organizations, 3(2), 267-309.
- SISMA, Ruth. y GÁLVEZ RODRÍGUEZ, María M. (2014) "¿La protesta sin organización?: nuevas tendencias en los movimiento sociales frente a las organizaciones no lucrativas". Revista Española del Tercer Sector, 28, 149-166.
- SUBIRATS, Joan (2014). "Si la innovación era la respuesta ¿cuál es la pregunta? Debates en torno a la sostenibilidad de las políticas de bienestar". Papeles de relaciones ecosociales y cambio global, 126, 49-56.
- VIDAL GARCÍA, Pau (2013). "Cambio de época en el tercer sector". Revista Española del Tercer Sector, 23.

VIDAL FERNÁNDEZ, Fernando y MOTA, Rosalía (2007). "Voluntariado cívico. La percepción de las organizaciones de voluntariado sobre su desarrollo". *Miscelánea Comillas: Revista de Ciencias Humanas y Sociales*, 127, 605-662.

ZUBERO, Imanol (1996). *Movimientos sociales y alternativas de sociedad*, Madrid: Hoac.